



SEMINARIO

ANO 17

ABRIL 1974

NO. 2

¿VOCACION, PRESTIGIO O DINERO?

Por DR. JOSE A. CARDONA

Hay una gran diversidad de funciones que ejercen las personas en los grupos sociales en los cuales les ha tocado convivir. Cuando una de esas funciones se ejerce como el imperativo de un llamamiento se entra en el asunto de la vocación. Hay un empuje, un reclamo, de una fuerza rectora que será determinante para el ser. Llega la hora para cruzar la raya, aunque puede que se haga agónicamente.

Los hechos de la vida están condicionados. Los seres no son tan libres para dar feliz realización a sus aspiraciones en todos y cada uno de los casos. Hay vocaciones que se frustran por diversos motivos: escasez de medios, falta de orientación, circunstancias adversas insospechadas, la mala fe del vecino, etc. Puesto de otra manera, el que responde a un llamado necesita de la mano generosa, del pensamiento iluminador de los que puedan arrojar luz, de la buena fe del otro. A pesar de todo, hay quienes se sobreponen a las más duras pruebas, y legan a la meta que se propusieron, a veces enarbolando únicamente el estandarte de la misión cumplida. Pero no siempre es así. Hay vocaciones, que ejercidas con toda honradez y nobles miras de propósitos, además de la satisfacción producen los medios necesarios del diario vivir. Y se adquiere el prestigio que llega, no el que se busca.

Desgraciadamente, hay quienes, careciendo del llamado ejercicio de una noble tarea, se embarcan en la aventura del prestigio. Hay un gran mercado de compra y venta de pseudovalores. Hay traficantes muy expertos en estos negocios. Son los que suben hoy para caer mañana, porque compraron oropeles en vez de cosas de oro afinado. Hay quienes se desesperan por esto o por aquello, en vez de vivir la intensidad de una vocación que tendrá su recompensa, aunque sea después de una larga espera.

Añádase a los buscadores de "prestigio", a los que viven como esclavos del dinero. Nada cabe

mejor aquí que la experiencia del joven rico cuando entrevistó a Jesús para hacer la pregunta más fundamental del ser. ¿Qué bien haré para tener la vida eterna? Mateo 19:16b. Jesús no le dijo que era malo poseer dinero. Es más, el Maestro lo sometió a un riguroso examen sobre las normas de la religión que el joven profesaba y obtuvo A. Pasó el examen con notas excelentes. No obstante obtuvo F cuando se le planteó los propósitos de la existencia. ¿Cómo? Sí, en vez de poseer dinero y bienes, cosa que Jesús no le restó la importancia que eso tiene, el dinero y los bienes poseían al joven.

Todo lo anteriormente dicho deseo relacionarlo con el sagrado ministerio cristiano, no sea que uno caiga en tentación. Un día Dios llamó a un puñado de hombres por medio de Jesucristo. ¿Para qué? ¿Cuál sería el precio del llamamiento? Cuando el Señor dijo que le siguieran, implicó muchas cosas. Condicionó la vida de cada uno de aquellos que prometieron darse por la tarea que les pedía. A ninguno le prometió prestigio como una de las consecuencias del llamamiento. Al contrario, les señaló la cárcel, el desprestigio social por el conflicto de normas que vendrían entre dos tipos de conceptos sociales que se encontrarían, serían echados de las sinagogas. A ninguno le prometió dinero como meta de sus actividades. Les dijo que tendrían lo necesario.

Pasados los siglos, los que fueron fieles a la vocación se les ha otorgado el mayor de todos los reconocimientos: que fueron gente de Dios. Algunos de ellos perdieron la vida para ganarla en los predios de una existencia de hondo significado.

Se vive en una fase de la historia en que la mayor preocupación que el ministro de Dios debe tener es lo que le sucede al otro, al vecino. La grey clama por personas que sepan darse por otros. La grey clama porque se cumpla la misión del sagrado ministerio. Aquí sobran los buscadores de prestigio y los amantes de los bienes. Esas cosas vendrán a su debido tiempo.

Vocación, sí. Tentación de prestigio, no.